



La necesidad de apoyo y la relación paterno-filial.

Ser hijo para ser padre

Mikel G. Santamaría

Universidad de Navarra, España
miksant@gmail.com

Rafael Hurtado

Instituto de Humanidades
Universidad Panamericana,
Campus Guadalajara
rhurtado@up.edu.mx

* El presente escrito es una versión editada y actualizada por el Dr. Rafael Hurtado de una conferencia impartida por el Prof. D. Mikel Santamaría en la Universidad Panamericana, campus Guadalajara, México, con el título “El Trabajo: amor de la persona en carne”, 14 de agosto de 2014. El argumento antropológico central se encuentra de modo más sistemático en M. Santamaría, “Hoc Genus Humanum: Amor fit labor, homo fit Christus, mundos fit Ecclesia”, en *Dar Razón de la Esperanza* (Pamplona: EUNSA, 2004), 1011-1029.

La necesidad de apoyo y la relación paterno-filial

Autores: **Mikel G. Santamaría**

Profesor investigador de la Universidad de Navarra, España.

Rafael Hurtado

Profesor investigador del Instituto de Humanidades de la Universidad Panamericana, campus Guadalajara.

En el presente artículo se explorará la necesidad imperante de todo ser humano por experimentar el amor de Dios a través del amor de su origen físico y espiritual, a saber, sus propios padres de familia. En la primera parte del análisis se desarrolla un breve marco teórico, partiendo de la experiencia de ser persona, que explica la relación entre la noción de amor y felicidad humanos. Posteriormente se establece la conexión indeleble entre la necesidad de experimentar el amor de Dios y corresponderlo, pasando por el reconocimiento excelso de la libertad. Amar y ser amado en la tierra, en ese sentido, pasa por el acto libre humano de aceptar la posibilidad de ser copartícipes de la procreación y educación de los hijos de Dios. Finalmente, se exalta el compromiso de toda sociedad por revalorar la función que ejercen los padres de familia en la construcción del “hogar global” de los seres humanos.

Palabras clave: Amor, Familia, Paternidad, Libertad, Felicidad.

The following article will explore the human need to experience the love of God, through the love of those who are our physical and spiritual origin, that is, our parents. The first part of the analysis will establish a theoretical framework, drawn from our human experience, that explains the relationship between the notion of human love and happiness. Secondly, the connection between the need to experience God's love in order to reciprocate it through freedom will be brought to our discussion. In that sense, to love and being loved on earth becomes a matter of acknowledging the true nature of human freedom up to the point of, willingly, co-participating in God's plan to become parents, that is: to procreate and educate the children of God. Finally, the commitment of every society to rethink and value the function of parents to build society from the inside, the “global home” for human beings, will be exalted.

Keywords: Love, Family, Parenthood, Freedom, Happiness.

I. Ser Persona Humana: Ser amado sin límites.

En cuanto “personas de carne,” hay que aceptar que los seres humanos necesitan cosas *buenas* en una *medida específica*: necesitamos una cantidad “concreta” de calor para vivir; de oxígeno para respirar; de comida para crecer en músculo; un número específico de amigos para desarrollarnos socialmente, etc¹. Por lo tanto, el ser humano necesita todo lo “bueno” en una medida. En cambio, en cuanto que somos seres espirituales (alma-cuerpos) necesitamos 5 cosas concretas sin medida: 1) *ser conocidos*; 2) *ser comprendidos*; 3) *ser aceptados*; 4) *ser amados* y 5) *perdonados*, de modo ilimitado. En efecto, todo ser humano necesita “sentir”, “vivir”, plenamente estos cinco elementos para llegar a la sazón. Así dicho, ser persona es todo un *drama* –diría Karol Wojtyła–, porque puede pasar que haya quienes llegan a conocerse mutuamente de modo tan acertado y profundo que literalmente “salen corriendo”. Este es un tema recurrente en las novelas y en el cine contemporáneo. No se puede vivir feliz con la sensación de ser poco aceptado, o mejor dicho *persona non grata*. Hay momentos en los que la soberbia es llamada a escena ante esta situación. También puede pasar que alguien se muera del dolor que le genera el no ser aceptado (como trágicamente desvela la serie de Netflix *Por Trece Razones*)². Poco a poco se va descubriendo que una gran parte de los problemas psiquiátricos vienen de aquí. Sin embargo, con ser aceptable tal y como somos, con defectos, limitantes y posibles mejoras, no basta para vivir una *vida lograda*. Con ser simplemente “aceptado” se puede sobrevivir, pero para ser plenamente feliz el ser humano necesita “sentirse” amado sin límites. Y a la par, también habrá que señalar que ser amado sin límites implica la posibilidad de ser “perdonado” sin límites. Esto se puede demostrar partiendo de la propia experiencia de ser persona, pues ya es patrimonio común de humanidad la posibilidad de dañar a los demás sin querer. Por lo tanto, aspirar a ser amado sin límites implica forzosamente la posibilidad de ser perdonado sin límites. Esto se puede afirmar haciendo alusión a esta realidad *en acto* que hay en nosotros, pues lo necesitamos para ser felices.

Ciertamente, el mundo contemporáneo es habitado por gente que necesita bailar, estudiar, hacer asados, descansar, viajar para ser feliz. En tiempos de pandemia por COVID-19 se ha hecho patente. Pero también es verdad que no se puede estar “asando” todo el día, a todas horas. Entonces, por contraste con las cosas buenas que el hombre necesita desde

1. Si sólo tengo 2000 amigos en *Facebook* o 1000 admiradores en *Instagram*, y nada más, realmente no tengo nada.

2. Véase R. Hurtado y R. García, “What we can learn from the from the series 13 reasons why”; acceso al 01 de Agosto de 2019, <https://www.mercatornet.com/popcorn/view/what-we-can-learn-from-the-series-13-reasons-why/20553>.

el plano natural –que son todas buenas en una cierta medida– se puede detectar que hay veces que el cariño y el afecto mutuo entre dos personas, es limitado. Esto quiere decir que hay momentos en los que querer a alguien de verdad implica dejarlo ir, por su propio bien. Entonces: ¿de dónde viene esta necesidad infinita de ser amado y perdonado de modo absoluto? ¿Se puede hablar de un *interlocutor absoluto*, realidad que mi ser personal requiere sin límites que no es fácil encontrar? ¿Dónde está ese *interlocutor* que me pueda conocer sin límites, comprender sin límites, aceptar, amar y perdonar sin límites, dando razón a mi deseo ilimitado de ser amado? Estos cuestionamientos sugieren la existencia de una *persona infinita*, que se pueda encargarse de modo absoluto de la realidad personal de cada ser humano que habita el mundo. Es lo que toda cultura llama Dios³. Por ello, parece ser que la realidad de lo que somos como personas sólo subsiste, tiene sentido, ante la posibilidad de una *persona infinita*. Esto no es hablar del concepto de “ser persona”, sino de la realidad de lo que todo ser humano tiene dentro⁴.

II. Amar y Ser Amado: La Felicidad en la Tierra.

Ahora bien, apuntar hacia dicha *persona infinita*, eterno, absoluto, inmutable, que lo tiene todo y por lo tanto no puede ganar nada, presenta el siguiente reto: *a Dios no le podemos agregar ni un gramo de felicidad*, como afirmar Santo Tomás de Aquino. Esta es una idea un poco difícil de aceptar, que genera una sensación de “absurdo existencial.” Si el *Aquinate* tiene razón, el ser humano en cuanto persona no le aporta ni un gramo de felicidad a Dios. Sin embargo, la consecuencia lógica de este razonamiento desvela la única intención posible del acto creador: *que haya otros que ganen, que puedan ser felices*. Esto deviene de la lógica elemental. Por consiguiente, el único que gana algo como resultado de entablar una relación con Dios es el ser humano. En otras palabras, la única intención posible del acto creador es que existan personas que “puedan” ser felices. Cuando esto se entiende racionalmente, la vida se percibe desde una óptica más amplia. “Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo”. Así nos enseñó Jesucristo a dirigirnos al Padre Eterno. ¿Cuál es la única voluntad de Dios? *Mi felicidad y la del resto de la humanidad*⁵.

3. Cf. M. Santamaría, *Qué y quiénes somos. Amor de carne y divino* (Málaga: Sekotia, 2012), Cap. 3.

4. Imaginemos por un momento que, por algún misterioso truco que inventan ahora los genios de la informática, aparece en escena la mitad de mi cuerpo hablando, y la otra mitad desaparecida. Será posible que alguien diga: “oh, ¡qué bonita mitad derecha de persona está hablando!... ¡qué cosa tan simpática!” No hay duda. Un ser vivo no es mitad, sin más. Pues la realidad de mi persona y la del resto de la humanidad remite como mitad y mitad a la persona infinita. Pero claro, si esto es una demostración de la existencia de Dios, hemos demostrado que Dios es persona, y esto no lo ha hecho nadie racionalmente.

5. Cf. M. Santamaría, *Un bicho que busca a Dios* (Madrid: Grafite, 2003), Cap 2.

Llegar a esta conclusión tiene varias aplicaciones en diversos niveles de la sensibilidad humana. El hombre contemporáneo se ha dado desde hace varios siglos a realizar muy diversas actividades, cara a Dios y cara al mundo, ante lo cual es importante recordar: *a Dios no le agregamos ni un “gramo” de felicidad*. Esta verdad puede resultar angustiosa al momento de dimensionar su significado. Sin embargo, es menester recordar que Dios, siendo Dios, dice: *tú*. El mensaje cristiano implica, en todo su esplendor, llegar a Dios a través de los propios actos buenos; ser cause del amor divino hacia otros. Una vez más, recordemos que la única intención del acto creador en cuyo interior “habita” el ser humano es su propia felicidad. Dios dice: *Yo te he elegido y te he llamado a la existencia por tu nombre* (Is 43:1-25). Por ello, el nombre auténtico, el que describe el “quien” de cada ser personal no tiene palabras humanas. ¿Quién soy yo? ¿Quién es ese que está allí en el espejo? No se sabe bien quién es. En todo caso, la única respuesta que se puede dar a la pregunta “quién soy yo” es esta: *yo soy ese, el único que puede responder al acto de amor de Dios que me hace existir*. Es decir, *yo soy mi vocación*. Esto se puede construir desde la filosofía, según hemos visto. También hemos hecho referencias teológicas, pero el núcleo del análisis es racional. *Yo soy mi vocación*. El acto creador, para un Dios que no necesita nada, si se mete en este “lío” de crear personas, lo único que puede querer es que haya otros que puedan ser felices como Él⁶.

En ese sentido, el acto creador significa que Dios se hace un “hueco en el corazón” que cada ser humano puedes llenar de modo personal. Porque hay un “modo” de amar a Dios que soy *yo*; que sólo *yo* puedo conjugar. Y los amores que otros le pueden dar no le “consuelan” del mismo modo que el que le doy yo, por decirlo de un modo más terrenal. Estos razonamientos son ciertamente intuitivos –un poco imprecisos–, porque en realidad no es que Dios se haga un “hueco” en el estricto sentido de la palabra. No estamos hablando de “una parte” del corazón de Dios que se pone en juego para que cada ser humano exista. No. En realidad, Dios pone todo su ser para que yo exista. Partiendo de la estructura clásica de *acto/potencia*, se puede afirmar que Dios es el mismo ser subsistente, el mismo acto de ser subsistente. *Ipsum Esse Subsistens*, decían los clásicos, y solo Él puede crear un ser real. Luego, todo el poder de Dios, todo el corazón de Dios, se tiene que poner en juego para que tú y yo existamos. Esta afirmación no es menor, porque de allí se deriva que la felicidad del ser humano depende de su *libertad* personal. Es decir, si la felicidad se resume en *amar y ser amado*, entonces Dios se la tiene que “jugar” conmigo para que te “dé la gana” ser feliz.

6. Cf. M. Santamaría, *Qué y quiénes somos. Amor de carne y divino* (Málaga: Sekotia, 2012), Cap. 1.

El acto creador es un acto de *conocimiento y amor*. Técnicamente somos un invento y un tesoro de Dios. Como afirma Santo Tomás de Aquino: *al acto creador es acción inmanente*. Igual que lo pensado están en el pensar y lo amado en el amar, lo creado está en el acto de pensamiento de amor que es el acto creador. Entonces, cuando Dios “pone” el corazón en mí, dándome consistencia real, me está pensando–amando en un mismo acto. Y, si es verdad que la felicidad –hemos dicho– es *amar y ser amado*, entonces, tengo que ser libre, no sólo para responder al amor sino para dejarme amar. En efecto, Dios nos crea libres, pero él mismo asume el “riesgo” de que nosotros, desde nuestra libertad, decimamos no responder a su amor. Esto es existir. En el fondo, cualquier historia de una persona creada –los ángeles en un solo acto–, varón o mujer, en el día a día de su vida, es el paso de ser el objeto de un amor incondicional, constitutivo de Dios que me hace existir, a un amor mutuo. Así pasa en el amor humano: *nadie experimenta el amor del otro sino en la medida de que uno mismo está enamorado*. La historia de toda persona humana y de nuestra vida es pasar del “amor primero” de Dios, incondicional anterior a todo acto libre nuestro, al “amor segundo,” a responder, a enamorarte y poder experimentar el amor que ya te tiene.

“El amor o es recíproco o no funciona.” Se dice comúnmente. El amor de Dios es infinito, pero para poder gozar de ese amor, los hijos de Dios se tienen que enamorar de él; en cuanto sus criaturas, hemos de responder: *pasar de ser amados a amantes*. En efecto, La historia de nuestra vida es pasar de ser hijos, sin dejar de ser hijos, a ser amantes, que es la misma estructura interna de la Santísima Trinidad: el Padre engendra al Hijo, y consiste eternamente en engendrar al Hijo; el Hijo consiste eternamente en ser Hijo respondiendo al amor del Padre, y por eso el Padre y el Hijo son además mutuos amantes que “suspiran” al Espíritu Santo, el amor que nació de los dos. Es una estructura eterna (fuera del tiempo), pero la historia de nuestra vida es un reflejo de ella: pasar del amor constitutivo que nos hace existir al amor mutuo que es el cielo. Por lo tanto, resulta que mi primera verdad es que soy un *tesoro de Dios*, el objeto de un amor incondicional de Dios. Ante esta verdad, se puede hablar con toda naturalidad de la *Gracia* que me hace ser “otro Cristo;” que habitan en mí las Tres Personas de la Trinidad: *el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo*⁷.

Ahora bien, los seres humanos venimos de Dios *unos a través de otros*. Entonces, aquel de quien vengo genéticamente (porque es el que me ha “dado a luz”), debe enseñarme a sentir lo que soy: *el objeto de un amor incondicional y tierno de Dios*, que se le juega por mí, porque me ha inventado Él. “Nada está en la inteligencia si antes nos está en los sentidos”

7. Cf. M. Santamaría, *Qué y quiénes somos. Amor de carne y divino* (Málaga: Sekotia, 2012), Cap. 4.

decía Aristóteles. Si una persona no tiene ojos de nacimiento y nunca ha “visto” el rojo, puede estudiar y saber que el rojo es una longitud de onda, incluso puede aprender a detectar esa vibración del rojo y distinguirla de la vibración del verde. Pero nunca sabrá lo que “es” el color rojo, porque nunca lo ha visto. Es aquí donde las *emociones* juegan un papel fundamental para entender que somos el objeto del amor de Dios. Santo Tomás de Aquino las llamaba *conocimiento por connaturalidad*. Lo que ahora se entiende por “hacer química,” una sintonía natural, enganchar o no con alguien. También se le llama ahora “conocimiento emocional.” Entonces, es el sentido correspondiente a la acción, a la razón práctica, lo que nos permite entender la relación con la libertad, con el amor, con el ser amado⁸.

Por lo tanto, no podemos entender los conceptos de “Dios Padre,” “Sentido de la Filiación Divina,” si no hemos sentido eso en aquellos que son nuestro origen real, el cauce por el cual venimos de Dios: *nuestros padres*. Este planteamiento es fácil de entender a nivel teórico. Pero se puede afirmar que en estos momentos son los psicólogos los que tienen el dato científico, el análisis de cientos de miles de casos de que esto es así, pero además de una manera sin margen de error. Quién soy yo para Dios y quién es Dios Creador y Padre, el sentido de la filiación divina viene del trato con quienes me han engendrado, me acogen, me acompañan, me curan. Incluso en el caso de un huérfano a quien le ha cuidado otro, y después se le tiene que explicar su situación –dolor punzante sin duda–, pero estamos hablando de quien tú percibes como tu origen y te cuida.

En definitiva: existir, ser creado, objeto de este amor incondicional que nos da consistencia significa también *ser apoyado*. Un niño, un hijo, necesita sentir que es apoyado, sostenido en la existencia. Es lo que hace el bebé, abrazar al padre o la madre para sentirse apoyado en otra persona que me quiere, que es mi origen, cause del amor de Dios. Desde la comida cacera, los aromas, las texturas, la música, la lectura, todo aquello que hace de nuestro hogar una sublime “casa encendida” – decía el poeta L. Rosales–. Estamos hechos para el bien, y eso significa degustar platillos cocinados por amor a nosotros. Como es sabido, la gastronomía en los países católicos –México, España, Italia, Francia– es muy superior a la de los países protestantes –UK, USA, Canadá, Australia. Estos últimos están confundidos porque su doctrina original afirma (cada vez menos) que la naturaleza humana está corrompida. Luego entonces, es verdad lo que dice aquel clásico refrán inglés: *todo lo que me gusta, o es pecado o engorda*. Si la naturaleza está corrompida, todo lo que me gusta es

8. Cf. M. Santamaría, *Saber amar con el cuerpo* (Madrid: Palabra, 1996).

sospechoso de ser pecado. Hay veces que también nos pasa a nosotros los católicos. Para algunos, estar “jorobadito y fastidiadito” les tranquiliza la conciencia. Pero ahora, quizás más que nunca, sabemos con claridad que todos necesitamos sentir el cariño natural incluso desde el abrazo. Esto es dato científico también: en las guarderías de ciertos países promotores de la conciliación trabajo-familia de modo exacerbado (pensemos en el norte de Europa o Escandinavia), donde materialmente se cuidan a los niños de modo excelente pero no les llegaba el cariño, su coeficiente intelectual bajó. Recordemos que nuestras neuronas son neuronas de persona, de un objeto incondicional de amor de Dios y necesitamos sentir el cariño del abrazo de quienes son nuestro origen, de nuestro “primer hogar”: *nuestros padres*⁹.

Parece ser que hemos desarrollado un error cultural en este aspecto. Incluso se puede afirmar que una parte considerable de los habitantes del Occidente católico no han recibido el cariño que necesitaban para “florecer.” En otros tiempos nos faltaban las proteínas que nos da la carne (asada) y por eso no crecíamos en altura e inteligencia como ahora. Un niño necesita saber si es para sus padres alguien más que aquel que cumple sus reglas y expectativas. Necesitamos sentirlo, si no, el dato no estará en nuestra cabeza. ¿Qué somos para Dios? El objeto de un amor incondicional, y nos quiere de modo permanente. Si nosotros no correspondemos a su amor, Él nos vuelve a “meter” en su corazón, muere por nosotros en la Cruz, y nos espera en el sagrario. Eso es lo que somos y necesitamos sentirlo de aquellos que son mi origen, que me cuidan, que me llevan del brazo, que me escuchan, que me preparan una comida rica, me preparan para la vida, cara a Dios y al mundo. El niño está más cómodo en la cuna, pero necesita estar en brazos de su madre: *necesita que hables con él... ser conocido, comprendido, aceptado, amado y perdonado sin límites*. Cuando llegamos al uso de razón entre los seis y siete años y aparece por primera vez la libertad, la conciencia del bien y de que Dios me está esperando allí, tuvimos que haber tenido ya esa experiencia sensible, es decir, neuronas armadas. Los ojos son iguales toda la vida, pero los sentidos internos se van desarrollando según lo que van recibiendo, y si no han recibido “proteínas afectivas,” digámoslo así, todo se complica.

Es verdad que esta situación se puede arreglar en alguna medida, pero hay que aceptar que naturalmente las cosas tienen su tiempo. Como ya se ha dicho, nosotros mismos pertenecemos a toda una generación que evidentemente no recibió el cariño suficiente

9. Cf. A. Marcos & M. Bertolaso, “What is a home? On the intrinsic nature of a home”, en A. Argandoña (ed.), *The Home. Multidisciplinary Reflections* (Cheltenham: Elgar, 2018), 35-56.

en ciertos aspectos de nuestra vida, a nivel cultural. Hemos de aceptar que dentro de pocos años no vamos a tener la situación socio-económica que hemos tenido hasta ahora, como ya está pasando en tiempos de *pandemia*. No nos quedará de otra más que volver a vernos a los ojos y expresarnos el cariño que tenemos dentro. Pero hoy día hay gente que ni siquiera sabe dar un abrazo, o no entiende la importancia de la vida doméstica, de la comida cacera, de saber estar juntos al calor del hogar y ser felices. Lo que hemos hecho hasta ahora es razonar el cariño, racionarlo según criterios de “eficiencia empresarial,” y nuestros hijos lo han sufrido hasta la médula. Incluso haciendo un esfuerzo por dimensionar y sanar esta “herida colectiva,” siempre notaremos que aparece un hueco en nuestro corazón, que luego se traduce en no calar en el fondo del sentido de la *filiación divina*¹⁰.

III. Ser Hijo para Ser Padre.

Ahora bien, el drama expuesto hasta el momento apunta hacia una verdad –siguiendo a Leonardo Polo– que puede impactar a la gran mayoría de los padres y las madres de nuestra era: *quien sólo existe por ser hijo, sólo puede alcanzar su madurez siendo padre*. La primera y más importante riqueza de una sociedad es lo que hoy en día se identifica –según **Gary Becker**– como “capital humano.” Estamos hablando de todos aquellos conocimientos, habilidades y vivencias necesarias para consolidarnos como ciudadanos, honrados y trabajadores, que contribuyan al bien común. Por esa razón, desde una perspectiva meramente técnica o sociológica, ser *padre* o *madre* de familia es en sí misma la cualificación profesional más básica del ser humano¹¹. Como afirmó **San Josemaría Escrivá** dirigiéndose en concreto al mundo empresarial: *el primero negocio son los hijos*. Una sociedad que no detecte esto, adolece completamente del espíritu más elemental en favor del desarrollo humano.

Esta primacía del *negocio de los hijos* es algo que, hace poco tiempo, había que recordar a los varones con especial hincapié, en su mayoría obsesionados por buscar el éxito profesional fuera del hogar familiar. Ahora, con el desarrollo tecnológico, el mercado laboral ya no se limita a ser ejercido por aquellos dotados de fuerza física. El “músculo” ha dejado de ser el elemento esencial para triunfar en el mundo profesional. Por tal motivo, la mujer ha podido entrar al mercado laboral en condiciones adecuadas para su condición femenina.

10. Cf. R. Hurtado, *La paternidad en el pensamiento de Karol Wojtyła* (Pamplona: EUNSA, 2011).

11. Cf. R. Hurtado, *Reflexiones sobre el trabajo en el hogar y la vida familiar* (Pamplona: EUNSA, 2014), 51-67.

A esta actividad se abocó el *feminismo de la primera generación*, cosa que indiscutiblemente ha enriquecido áreas laborales de modo especial, como es el caso del sector turístico, universitario, hospitalario, entre otros. Pero también favorece que la pasión adolescente por el éxito y el prestigio ya no sea patrimonio exclusivo del varón, sino también de la mujer. Ya no son sólo los varones quienes han de descubrir la importancia de ser padres, sino también las mujeres de ser madres¹².

¿Cuál puede ser la razón de esta falla cultural? La respuesta es más simple de lo imaginable. Cuando se habla de *trabajo profesional* hoy en día, se hace alusión a *bienes y servicios* concretos que tienen un lugar en el mercado global. Estamos hablando de aquellas actividades a través de las cuales los individuos se engarzan en la sociedad, ofreciendo un producto o servicio de alta calidad que ayude a mejorar la vida de los demás. Ciertamente, el mundo contemporáneo oferta una gran variedad de trabajos profesionales. Hay unas categorías de radicalidad y de importancia de bienes y servicios que siempre tomaremos en cuenta, según la circunstancia a considerar. ¿Cuáles son los bienes y servicios con mayor valor material y añadido en una empresa o instancia gubernamental? ¿Qué es lo que la sociedad civil necesita para funcionar bien? Como se mencionó arriba, sin lugar a dudas: *ciudadanos honrados, preparados y mentalmente equilibrados*. ¿Dónde se “hacen” estos ciudadanos? ¿Quién se puede hacer cargo de un proyecto tan ambicioso? Solamente los *padres de familia*, cuya función principal es: *tener hijos y educarlos*. Y donde se educa ese sentido básico de sentirse aceptado y amado sin límites –del que hemos hablado hasta ahora– es en el *hogar familiar*¹³.

Ahora bien, es verdad que, si *de la madurez humana salen hijos naturales, de la madurez sobrenatural salen hijos sobrenaturales*. Existimos porque hemos sido “paridos” por alguien también en el plano espiritual, y esto siempre implica aventurarse fuera de los confines del hogar. En efecto, no es posible ser persona madura sin construir el “hogar global” de los hijos de Dios a través de otros *trabajos profesionales civiles*. Hemos dicho que ser padre y madre es ser *hogar* de hijos que necesitan sentir el cariño a través de su origen físico. Pero la sociedad, en esencia, es el “hogar global” en donde tienen su lugar los hijos de Dios. Somos más 7000 millones que Dios ha querido en su eternidad, con nuestro código genético concreto, nuestra etnia, nuestra cultura, que es parte de nuestra identidad personal. De esos 7000 millones es probable que 4000 millones no existirían si no fuera

12. Cf. A. von Hildebrand, *El privilegio de ser mujer* (Pamplona: EUNSA, 2019).

13. f. R. Hurtado, *A stand for the home. Reflections on the natural family and domestic life* (Pamplona: EUNSA, Pamplona, 2019).

por el trabajo profesional de los últimos 150 años que ha inventado la física, la química, la mecánica, los medios de comunicación. Muchos de nosotros no estaríamos aquí si no fuera por la medicina moderna. 4000 millones de los hijos de Dios, que no podrían existir más que ahora por el trabajo profesional de un grupo de personajes que se han “dejado la piel” por inventar, aplicar y construir el “hogar global” de los hijos de Dios. El trabajo profesional, sea el que sea, servicio de construcción de sociedad, es también *paternidad* de un modo radical. De lo contrario no existimos, porque somos personas de carne y *necesitamos ser apoyados* para vivir bien y ser felices.

Si es cierto que la Civilización Occidental es la primera encarnación cultural de la fe y la vida cristiana, también es cierto que, como desarrollo histórico y vital, la Cultura Occidental ha muerto, como señaló en su momento Oswald Spengler en su obra magna *Der Untergang des Abendlande* (La Decadencia de Occidente)¹⁴, pues ha sido desgajado de las raíces que la han hecho crecer. Sin embargo, ha conseguido dar ese fruto que es el desarrollo científico y técnico, que libera las energías humanas para poder dedicarlas a lo propiamente humano. Al parecer, nos ha tocado nacer en los últimos “coletazos” de la primera encarnación de la cultura cristiana. El año 2020 será recordado como el posible comienzo de una nueva etapa para la humanidad. Independientemente la controversia en torno a la pandemia, la crisis económica, o el resurgimiento del comunismo, no hemos de perder la esperanza en el Plan Divino de Amor, como nos lo ha recordado el Papa Francisco en su reciente encíclica *Fratelli Tutti*¹⁵. Es el momento de desarrollar con más profundidad todas las potencialidades de lo humano, y parte esencial de ello vendrá a través de volver a sentirnos *hijos, hermanos, padres*. Estamos sembrando las primeras semillas de lo que algún día será un bosque frondoso y milenario. Pero un proyecto de tal calado no se desarrolla en unos cuantos días. ¡Esperemos!

14. O. Spengler, *The Decline of the West* (U.K.: Oxford University Press, 1991).

15. Francisco (*Fratelli Tutti*, 2020), 55.

Referencias bibliográficas:

- A. von Hildebrand, *El privilegio de ser mujer* (Pamplona: EUNSA, 2019).
Francisco (*Fratelli Tutti*, 2020), 55.
- M. Santamaría, *Saber amar con el cuerpo* (Madrid: Palabra, 1996).
- M. Santamaría, “Hoc Genus Humanum: Amor fit labor, homo fit Christus, mundos fit Ecclesia”, en *Dar Razón de la Esperanza* (Pamplona: EUNSA, 2004), 1011-1029.
- M. Santamaría, *Un bicho que busca a Dios* (Madrid: Grafite, 2003).
- M. Santamaría, *Qué y quiénes somos. Amor de carne y divino* (Málaga: Sekotia, 2012).
- A. Marcos & M. Bertolaso, “What is a home? On the intrinsic nature of a home”, en A. Argandoña (ed.), *The Home. Multidisciplinary Reflection* (Cheltenham: Elgar, 2018).
- O. Spengler, *The Decline of the West* (U.K.: Oxford University Press, 1991).
- R. Hurtado, *La paternidad en el pensamiento de Karol Wojtyła* (Pamplona: EUNSA, 2011).
- R. Hurtado, *Reflexiones sobre el trabajo en el hogar y la vida familiar* (Pamplona: EUNSA, 2014).
- R. Hurtado y R. García, “What we can learn from the from the series 13 reasons why”;
acceso al 01 de Agosto de 2019, <https://www.mercatornet.com/popcorn/view/what-we-can-learn-from-the-series-13-reasons-why/20553>.
- R. Hurtado, *A stand for the home. Reflections on the natural family and domestic life* (Pamplona: EUNSA, Pamplona, 2019).